



LA REBELIÓN DEL SOL

← 2 →

TRAICIÓN EN IZMAN

ALWYN HAMILTON

Un nuevo amanecer.
Un nuevo desierto

DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO

LA REBELIÓN DEL SOL

TRAICIÓN EN IZMAN

ALWYN HAMILTON

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Título original: *Traitor to the Throne*
© 2017 by Blue-Eyed Books
© de la traducción: Joan Josep Mussarra, 2017
© de la ilustración de cubierta: Nicolás Castells

© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2012
ISBN: 978-84-08-17722-7
Depósito legal: B. 16855-2017
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO UNO

El Príncipe Forastero

Érase una vez en el reino desértico de Miraji un joven príncipe que quería sentarse en el trono de su padre. No tenía ningún derecho a ello, salvo la creencia de que el actual monarca era un gobernante débil y de que él mismo sería más firme. Y así ocupó el trono por la fuerza. En una única noche de derramamiento de sangre, el sultán y el resto de sus hijos cayeron bajo la espada del joven príncipe y de un ejército extranjero que lo ayudó. A la hora del alba, el príncipe ya no era príncipe. Era sultán.

Se sabía que el joven sultán conseguía mujeres para su harén de la misma manera que había obtenido el trono: por la fuerza.

Durante su primer año de reinado, dos de sus esposas alumbraron hijos bajo las mismas estrellas. Una de ellas era una muchacha nacida en las arenas del desierto. El hogar de su hijo era el desierto. La otra esposa era una joven nacida al otro lado del mar, en un reino llamado Xicha, y se había criado en la cubierta de un barco. Su hijo no tenía cabida en Miraji.

Sin embargo, los dos muchachos crecieron como si fueran hermanos. Sus madres los protegieron de todo aquello contra lo que no los guardaban los muros del palacio. Y durante un tiempo todo fue bien en el harén del sultán.

Hasta que la primera esposa volvió a dar a luz, en esta ocasión a una criatura que no era de su esposo. Así nació la hija de un djinni, una niña con unos cabellos que no eran naturales y un fuego sobrenatural en la sangre. El sultán volcó toda su ira en su esposa por haberlo traicionado. La mujer pereció bajo la fuerza de sus golpes.

La ira del monarca fue tan grande que se olvidó de su segunda esposa, que había huido con los dos niños y con la hija del djinni y había llegado por mar hasta el reino de Xicha, el mismo de donde se la habían llevado por la fuerza. Una vez allí, su hijo, el Príncipe Forastero, pudo fingir que era del país. El Príncipe del Desierto no fue capaz. Era tan extraño en aquella tierra como su hermano lo había sido en la de su padre. Pero ninguno de los dos príncipes estaba destinado a quedarse allí mucho tiempo. Al cabo de poco, ambos se marcharon de Xicha hacia mar abierto.

Y durante un tiempo, que pasaron en navíos que no provenían de ningún lado y no iban a ninguna parte, los hermanos vivieron bien. Viajaron de una costa extranjera a otra, y en todas se sintieron como en casa.

Hasta que cierto día, frente a la proa de un barco, apareció de nuevo Miraji.

El Príncipe del Desierto vio su país y se acordó de su verdadero hogar. Dejó el barco y a su hermano en aquellas costas familiares. Aunque se lo pidió, el Príncipe Forastero no quiso ir con él. Las tierras de su padre le parecían áridas y yermas, y no entendía cómo podían atraer de ese modo a su hermano. Y así fue como se separaron. El Príncipe Forastero se quedó en el mar durante un tiempo y rabió en silencio, porque su hermano había preferido el desierto a las aguas.

Al final llegó el día en que el Príncipe Forastero no pudo continuar separado de su hermano. Regresó al desierto de Miraji y descubrió que este le había prendido fuego con una rebelión. El Príncipe del Desierto hablaba de grandes proyectos, de grandes ideas, de igualdad y de prosperidad. Lo rodeaban nuevos hermanos y herma-

nas que amaban el desierto igual que él. Lo conocían como el Príncipe Rebelde. Pero, con todo, recibió con los brazos abiertos al que había sido su hermano durante toda su vida.

Y durante un tiempo la Rebelión marchó bien.

Hasta que apareció una muchacha. Una muchacha a la que llamaban la Bandida de los Ojos Azules, nacida en las arenas y endurecida en el desierto, y que ardía con todo su fuego. Y por primera vez el Príncipe Forastero entendió qué era lo que su hermano amaba en aquella tierra.

El Príncipe Forastero y la Bandida de los Ojos Azules atravesaron juntos las arenas y participaron en una gran batalla en la ciudad de Fahali, donde se habían instalado los aliados extranjeros del sultán.

Los rebeldes lograron su primera gran victoria en la batalla de Fahali. Defendieron el desierto contra el sultán, que lo habría abrasado. Liberaron al demdji que el monarca había querido transformar en arma contra su propia voluntad. Mataron al hijo del sultán, que había derramado sangre para ganarse los elogios de su padre. Quebrantaron la alianza del soberano con los extranjeros que habían torturado a los habitantes de Miraji durante décadas. Y los rebeldes reclamaron una parte del desierto para sí mismos.

La historia de la batalla de Fahali se difundió con rapidez. Y junto con ella viajó la noticia de que el desierto se ofrecía de nuevo como trofeo para quien lograra ganarlo. Porque ese era el único lugar donde podían coexistir la magia antigua y las máquinas nuevas. El único país que podía vomitar armas de fuego con la rapidez suficiente para armar a los hombres que luchaban en la gran guerra que se libraba entre las naciones del norte.

Nuevos ojos se volvieron hacia Miraji desde costas forasteras. Ojos hambrientos. Al poco tiempo, numerosos ejércitos extranjeros descendieron al desierto, por todos lados, y todos ellos trataban de establecer nuevas alianzas o de apoderarse de todo el país. Y mientras los enemigos del exterior hincaban el diente en las fronteras del sultán y no daban respiro a su ejército, los rebeldes capturaban una

ciudad tras otra en el interior, las arrancaban de las manos del monarca y lograban que las gentes militaran en su bando.

Y durante cierto tiempo todo fue bien para la Rebelión, para la Bandida de los Ojos Azules y para el Príncipe Forastero.

Hasta que la balanza empezó a inclinarse contra su hermano, el Príncipe Rebelde. Dos docenas de insurrectos cayeron en una trampa que les tendieron en las arenas, en la que los rodearon y los acribillaron. Una ciudad se alzó contra el sultán y gritó en la noche el nombre del Príncipe Rebelde, pero los mismos que habían gritado contemplaron el alba con los ojos inexpresivos de los muertos. Y la Bandida de los Ojos Azules recibió una bala durante un combate en las montañas, quedó gravemente herida y se agarró a la vida por un hilo. Entonces, por primera vez desde que las hebras de sus respectivas historias se habían entreverado, la Bandida de los Ojos Azules y el Príncipe Forastero se marcharon por caminos distintos.

Mientras ella luchaba por no morir, él tuvo que emprender una misión en los confines orientales del desierto. Un ejército de Xicha había acampado allí. El Príncipe Forastero robó un uniforme y entró en el campamento xichiano como si fuera el suyo. Y no le resultó nada difícil, porque allí no lo tomaban por extranjero. Se quedó con ellos mientras luchaban contra las fuerzas del sultán y espía en secreto para el Príncipe Rebelde.

Luego pasó un tiempo escondido entre el ejército forastero y todo marchó bien.

Hasta que llegó la misiva del campamento enemigo. El mensajero vestía los colores dorado y blanco del sultán y enarbolaba una bandera de paz.

El Príncipe Forastero habría matado por saber lo que decía la carta, pero no fue necesario. Los xichianos sabían que hablaba el idioma del desierto. Lo llamaron a la tienda del general para que hiciera de intérprete entre el mensajero del sultán y el alto oficial. Ninguno de los dos sabía que el príncipe era enemigo de ambos. Al traducir, descubrió que el sultán pedía un alto el fuego. El mensaje decía

que estaba harto de tanto derramamiento de sangre. Quería negociar. El Príncipe Forastero se enteró de que el gobernante de Miraji convocaba a todos los líderes extranjeros para forjar una nueva alianza. El sultán solicitaba que todo rey o reina, emperador o príncipe que creyera ostentar derechos sobre el desierto acudiera a su palacio para exponer sus argumentos.

A la mañana siguiente, otro correo partió con la misiva para llevársela al emperador xichiano. Y se terminaron los disparos. El alto el fuego había empezado. Entonces llegó el momento de las negociaciones. La paz entre el sultán y los invasores. Y como ya no tenía necesidad de proteger sus costas, el gobernante del desierto volvió los ojos de nuevo hacia el interior.

El Príncipe Forastero comprendió que había llegado el momento de regresar con su hermano. La Rebelión estaba a punto de transformarse en guerra.



CAPÍTULO DOS

Aquella blusa siempre me había gustado. Lástima de la sangre.

Al menos la mayor parte no era mía. De hecho, la blusa tampoco era mía..., se la había tomado prestada a Shazad y no me había molestado en devolverla. En realidad, lo más probable era que ella ya no la quisiese.

—¡Alto!

Me detuve de inmediato. Llevaba las manos atadas y la cuerda me laceraba la carne viva de las muñecas. Susurré una palabrota y eché la cabeza hacia atrás. Por fin podía apartar la mirada de mis botas polvorientas, y mis ojos se encontraron con el resplandor del sol del desierto.

Las murallas de Saramotai arrojaban una sombra alargada e imponente con la última luz del día.

Aquellos muros eran legendarios. Habían aguantado sin inmutarse una de las principales batallas de la Primera Guerra entre el héroe Attallah y la Destructor de Mundos. Eran tan antiguas que parecía que las hubieran construido con los huesos del propio desierto. Pero las palabras escritas de cualquier manera con pintura blanca encima de las puertas... eran nuevas.

BIENVENIDOS A LA CIUDAD LIBRE.

Alcancé a ver los lugares en los que la pintura se había escurrido por las grietas de las antiguas piedras antes de secarse con el calor.

Habría podido hacerles algunos comentarios a los que me arrasaban a una presunta ciudad libre como si llevaran una cabra en un espetón. Pero sabía muy bien que por el momento no me convenía abrir la boca.

—¡Identificaos o disparo! —gritó alguien desde la muralla de la ciudad.

El mensaje sonaba mucho más amenazador que la voz que lo pronunciaba. Oí la vacilación de la juventud en la última palabra. Forcé los ojos bajo el sheema para ver bien al muchacho que me apuntaba con el rifle desde lo alto de la muralla. No debía de tener más de trece años. Era todo huesos y tendones. No parecía capaz de empuñar bien el arma aunque su vida hubiera dependido de ello. Y probablemente dependía. Porque estábamos en Miraji.

—¡Somos nosotros, Ikar, crío imbécil! —gritó junto a mi oído el hombre que me sujetaba. Me estremecí. No veía ninguna necesidad de levantar la voz—. Y ahora ábrenos las puertas de una vez si no quieres que vaya a ver a tu padre y le diga que te dé bien fuerte, como cuando clava una herradura pero con más ímpetu, a ver si así se te despierta la inteligencia.

—¿Hossam? —Ikar seguía apuntándonos con el arma. Estaba nervioso e inquieto. Y no era el mejor momento, porque tenía el dedo en el gatillo de un rifle—. ¿Quién viene con vosotros?

Me señaló con el arma. Me volví por puro instinto, porque agitaba el rifle como un loco. El muchacho no parecía capaz de acertar a una vaca en un pasillo, pero no se podía descartar que me pegase un tiro por accidente. Y si lo hacía, prefería que me diera en el hombro que en el pecho.

—Esta muchacha —Hossam me obligó a levantar el rostro hacia el sol, y se coló un deje de orgullo en su voz, como si hubiera mostrado el cadáver de una presa recién abatida— es la Bandida de los Ojos Azules.

Este nombre tuvo un eco mayor del habitual, y se hizo un silencio pesado. Ikar clavaba los ojos en mí desde lo alto de la muralla. Aunque estuviera muy lejos de él, vi que abría la mandíbula, que le quedaba colgando por unos instantes, y luego la volvía a cerrar.

—¡Abrid las puertas! —gritó Ikar, por fin, mientras bajaba con torpeza—. ¡Abrid las puertas!

Los pesados batientes de hierro se desplazaron con dolorosa lentitud, peleando contra la arena que se había acumulado a lo largo del día. Hossam y los otros hombres que venían con nosotros me empujaron hacia delante con muchas prisas mientras los goznes crujían.

Las puertas no se abrieron del todo, tan solo lo suficiente para que los hombres pudieran entrar de uno en uno. Aunque tenían millares de años, parecían tan robustas como lo habían sido en el alba de la humanidad. Estaban hechas solo de hierro, su grosor equivalía a la longitud del brazo de un hombre, y se activaban por medio de un sistema de pesos y engranajes que ninguna otra ciudad había logrado imitar. No había manera de reventarlas. Y todo el mundo sabía que tampoco era posible trepar las murallas de Saramotai.

Parecía que la única manera de entrar en la ciudad era que te llevaran presa con una mano en la nuca. Qué suerte la mía.

Saramotai se hallaba al este de las montañas centrales. Y eso significaba que era nuestra. O por lo menos eso se suponía. Después de la batalla de Fahali, Ahmed había declarado que aquel territorio le pertenecía. La mayoría de las ciudades habían jurado lealtad al instante, porque los ocupantes gallanos que habían controlado aquella mitad del desierto durante tanto tiempo desaparecieron de las calles. Y en los otros casos, no nos había costado mucho apartarlas del sultán.

Saramotai era otra historia.

«Bienvenidos a la Ciudad Libre.»

Saramotai había dictado sus propias leyes y había llevado la rebelión un paso más allá.

Ahmed hablaba mucho de igualdad y de riqueza para los pobres. El pueblo de Saramotai había decidido que la única manera de im-

plantar la igualdad era acabar con los que estaban arriba. Que la única forma de enriquecerse consistía en arrebatárles sus posesiones. Así, se habían vuelto contra los ricos con la excusa de que habían aceptado el gobierno de Ahmed.

Pero cuando alguien trataba de hacerse con el poder, Ahmed lo reconocía a la perfección. Apenas sabíamos nada sobre Malik Al-Kizzam, el hombre que se había adueñado de Saramotai, salvo que había sido siervo del emir y que desde la muerte de este vivía en el palacio.

Por ello enviamos a varios hombres a investigar lo que ocurría. Y a hacer algo al respecto si no nos gustaba lo que veían.

No volvieron.

Eso era un problema. Otro era cómo entrar en la ciudad a buscarlos.

Y así había logrado entrar, con las manos sujetas a la espalda con ataduras tan fuertes que empezaban a perder sensibilidad y una herida reciente en la clavícula, porque el cuchillo no había logrado llegar a mi cuello. Qué curioso que el éxito de la misión pasase por haber caído en sus garras.

Hossam me empujó para que avanzase por el estrecho resquicio entre los batientes. Tropecé y me caí de bruces sobre la arena, y me di un golpe muy doloroso en el codo contra la puerta de hierro.

¡Hijo de puta! Me dolió mucho más de lo que me imaginaba.

Mientras me daba la vuelta, se me escapó entre los dientes un gemido de dolor. La arena se me había pegado a las manos, donde el sudor se me había acumulado en la piel. Entonces Hossam me agarró y me puso en pie de un tirón. Me empujó para que entrara del todo y la puerta se cerró de golpe a nuestras espaldas. Casi parecía que tuviesen miedo de algo.

Una pequeña multitud se había congregado frente a la puerta para curiosarse. La mitad empuñaba armas de fuego. Un buen número de ellas me apuntaban a mí.

Mi reputación me precedía, estaba claro.

—Hossam. —Alguien se abrió paso hasta nosotros. Tenía más años que mis captores, y unos ojos serios que se fijaron en mi lamentable estado. Me contemplaba con una mirada más serena que los demás. No lo cegaba la misma impaciencia—. ¿Qué ha ocurrido?

—La capturamos en las montañas —masculló Hossam—. Quiso tendernos una emboscada cuando volvíamos de comprar armas.

Dos de los hombres que nos acompañaban dejaron caer al suelo con orgullo unas bolsas repletas de armas de fuego, como para demostrar que no había logrado frustrar su misión. No eran de fabricación mirajina. Eran amonpourianas. Unos trastos ridículos. Tenían adornos y tallas, estaban hechas a mano, y se habían vendido por unos precios que doblaban su valor real porque alguien se había tomado la molestia de embellecerlas. Pero no importaba lo bonitas que fueran, porque mataban igual. Eso lo había aprendido de Shazad.

—¿Solo ella? —preguntó el hombre de ojos serios—. ¿Sin la ayuda de nadie?

Sus ojos se volvieron hacia mí. Como si pudiera sacarme la verdad con tan solo mirarme. Quería saber si una muchacha de diecisiete años creía de verdad que podía atacar a media docena de hombres adultos con un puñado de balas y triunfar. Quería saber si la célebre Bandida de los Ojos Azules era tan idiota.

Yo habría preferido el término «temeraria».

Pero permanecí con la boca cerrada. Cuanto más hablara, más probable sería que dijese algo que se pudiera volver contra mí. «Quédate en silencio, pon cara triste, trata de evitar que te maten.

»Si todo lo demás falla, sigue este último consejo.»

—¿Eres la Bandida de los Ojos Azules de verdad? —farfulló Ikar.

Al oírlo, todo el mundo volvió la cabeza. Había bajado de su puesto de guardia en la muralla para mirarme boquiabierto, como los demás. Se inclinó hacia mí lleno de interés, apoyado en el cañón del rifle. Si se le hubiera disparado en aquel instante, habría perdido las dos manos y una parte de la cara.

—¿Es cierto lo que cuentan sobre ti?

«Quédate en silencio, pon cara triste, trata de evitar que te maten.»

—Pues depende de lo que cuenten. —Maldita sea. No había logrado quedarme en silencio durante mucho rato—. Oye, no deberías apoyarte de ese modo en el rifle.

Ikar alejó el arma de él como si ni siquiera se fijara en ella, sin apartar los ojos de mí.

—Dicen que podrías meterle una bala en el ojo a un hombre en la oscuridad a quince metros de distancia. Que atravesaste una lluvia de balas en Iliaz y te marchaste con los planes de guerra secretos del sultán. —Yo recordaba lo de Iliaz de otra manera. Por ejemplo: había terminado con una bala dentro de mi cuerpo—. Luego sedujiste a una de las esposas del emir de Jalaz cuando visitaban Izman.

Aquella historia era nueva. Lo que sí sabía era que se contaba que había seducido al propio emir. Pero quizá a su esposa también le gustaran las mujeres. O quizá la historia se había transformado a medida que circulaba, porque en la mitad de las que contaban me llamaban el Bandido de los Ojos Azules, como si fuese un hombre. Ya no me disfrazaba de muchacho, como en otros tiempos, pero eso no bastaba para convencer a las gentes de que el bandido era en realidad una bandida.

—Mataste a un centenar de soldados gallanos en Fahali —insistió el otro con palabras atropelladas, sin desanimarse por mi silencio—. Y he oído que escapaste de Malal a lomos de un gigantesco roc azul y que inundaste la casa de oración detrás de ti.

—No te creas todo lo que cuentan —conseguí decir cuando Ikar, por fin, se detuvo para tomar aliento. De pura emoción, los ojos se le habían puesto como un par de monedas de louzi.

La decepción del muchacho fue evidente. No era más que un crío, y estaba deseoso de creerse todas aquellas historias, igual que yo a su edad. Aunque parecía más joven de lo que yo recordaba haber sido jamás. No debería estar allí, ni empuñar un arma como aquella. Pero, en definitiva, era el desierto el que nos volvía así. Nos transformaba en soñadores armados. Me pasé la lengua por los dientes.

—Y lo de la casa de oración de Malal fue un accidente... más que otra cosa.

Se oyó un susurro entre la multitud. Mentiría si dijera que no sentí un escalofrío que me descendía por la espalda. Y mentir era pecado.

Había pasado cerca de medio año desde que estuve en Fahali con Ahmed, Jin, Shazad, Hala y los gemelos Izz y Maz. Nosotros contra dos ejércitos y contra Noorsham, un demdji al que el sultán había convertido en arma. Un demdji que, al parecer, era mi hermano.

Nosotros frente a una misión imposible, frente a un demdji con poderes devastadores. Pero sobrevivimos. Y a partir de entonces la historia de la batalla de Fahali recorrió el desierto a mayor velocidad que la de las pruebas del sultim. La había escuchado en una docena de ocasiones, de labios de gentes que no sabían que era la Rebelión quien escuchaba. Nuestras hazañas se volvían más grandes y menos plausibles cada vez que alguien las contaba, pero el relato siempre terminaba de la misma forma: con la sensación de que el narrador había terminado pero el propio relato no. De una manera u otra, el desierto no volvería a ser el mismo después de la batalla de Fahali.

La leyenda de la Bandida de los Ojos Azules había circulado junto con la del relato de Fahali hasta transformarme en una historia que ni yo misma reconocía. Afirmaba que era una ladrona en vez de una rebelde. Que me metía en la cama de quien fuera para conseguir información en beneficio de mi príncipe. Que había dado muerte a mi propio hermano en el campo de batalla. Esa era la que más odiaba. Tal vez porque había habido un momento en el que, con el dedo en el gatillo, había estado a punto de convertirla en realidad. Pero no lo había hecho. Y esto último había sido casi tan malo como lo habría sido matarlo. Estaba en algún lugar, con todo su poder. Y a diferencia de lo que ocurría conmigo, no contaría con otros demdji que lo ayudarían.

A veces, bien entrada la noche, cuando todo el campamento se había dormido, me decía a mí misma en voz alta que mi hermano

seguía con vida. Solo para saber si era cierto o no. Hasta aquel momento nunca había vacilado, pero me daba miedo que llegara el día en el que ya no pudiera decirlo. Eso significaría que la frase era mentira y que mi hermano había muerto, solo y asustado, en algún lugar de aquel desierto implacable y devastado por la guerra.

—Si es tan peligrosa como dicen, ¡deberíamos matarla! —gritó alguien entre la multitud.

Era un hombre con un fajín de militar amarillo y reluciente sobre el pecho que parecía hecho con jirones remendados. Me fijé en que había otros que llevaban prendas parecidas. Debía de tratarse de la recién creada guardia de Saramotai, porque a la de verdad la habían masacrado. Sostenía una pistola en la mano. Me apuntaba al estómago. Las heridas en esa zona no son buenas. Matan poco a poco.

—Pero si es la Bandida de los Ojos Azules, entonces estará con el Príncipe Rebelde —dijo otra persona—. ¿Eso no significa que es de nuestro bando?

Esa era la pregunta del millón de fouza.

—Tenéis una manera bien curiosa de tratar a alguien que está en vuestro bando. —Moví intencionadamente las manos, que aún tenía atadas. Se oyó un murmullo entre el gentío. Eso era bueno. Significaba que no estaban tan unidos como pudiera parecer desde el otro lado de la impenetrable muralla—. Si resulta que todos somos amigos, ¿qué os parece si me desatáis y hablamos?

—Buen intento, Bandida. —Hossam me agarró con más fuerza todavía—. No te vamos a dar ninguna oportunidad de echarle mano a una pistola. Hemos oído que has llegado a matar a doce hombres con una única bala.

Estaba segura de que eso era imposible. Por otra parte, tampoco necesitaba una pistola para acabar con doce hombres.

Me resultaba casi divertido. Me habían atado con cuerdas. No con hierro. Si el hierro entraba en contacto con mi piel, me volvía tan humana como ellos. Mientras no me tocara, podría alzar todo el desierto contra mis enemigos. Lo que significaba que podía hacerles

más daño así atada que si los apuntaba con una pistola. Pero no había ido hasta allí para hacerles daño.

—De todos modos, tiene que ser Malik quien nos diga qué debemos hacer con ella. —El hombre de mirada seria se frotó la barbilla con la mano, nervioso, al nombrar a su sedicente caudillo.

—Tengo nombre, ¿sabes? —protesté.

—Malik aún no ha regresado —exclamó el mismo hombre que me había apuntado con la pistola. Parecía uno de esos que se ponen nerviosos con facilidad—. Quién sabe lo que podría hacernos esta muchacha antes de que llegue.

—Amani. Ese es mi nombre. —Nadie me escuchaba—. Lo digo por si queréis saberlo.

La discusión habría podido durar un buen rato. Las decisiones en comité nunca son rápidas. De hecho, no se suele llegar a ninguna conclusión.

—¡Pues entonces encerradla hasta que vuelva Malik! —gritó una voz hacia el final de la multitud.

—¡Tiene razón! —exclamó otra desde el otro lado. Otro rostro que no alcancé a ver—. Metedla en la cárcel, donde no pueda hacernos nada.

Se oyó un murmullo de aprobación entre la muchedumbre. Por fin, el hombre de ojos tristes asintió con un movimiento brusco.

Al instante, el gentío se separó para que Hossam pudiera pasar conmigo. Pero no habían dejado mucho espacio. Todo el mundo quería echarle una mirada a la Bandida de los Ojos Azules. Todo el mundo me observaba y se daba codazos para poder presenciar cómo me llevaban. Yo sabía muy bien lo que veían. Una muchacha más joven que las hijas de muchos de ellos, con el labio partido y los cabellos negros pegados al rostro por culpa de la sangre y del sudor. Los personajes de leyenda no son nunca como esperábamos cuando los contemplamos de cerca. Yo no era ninguna excepción. Lo único que me distinguía de cualquier otra muchacha del desierto flaca y de piel morena eran unos ojos que brillaban con un color azul más potente

que el cielo del mediodía. Azul como la llama más ardiente de una hoguera.

—¿Eres uno de ellos? —Había hablado una voz nueva, chillona, que se hacía oír en medio de la algarabía.

Una mujer con un sheema amarillo se abrió paso hasta la primera fila. El paño tenía flores bordadas de un color casi igual que el de mis ojos. Había en su rostro un desesperado apremio que me enervaba. Detecté algo peculiar en su manera de decir «ellos». Como si hubiese querido decir «demdji».

Incluso los que conocían la existencia de los demdji no solían reconocerme como uno de ellos. Nosotros, los hijos de los djinn y de las mujeres mortales, parecíamos más humanos de lo que se imaginaba la mayoría. Qué diablos, incluso yo me había engañado a mí misma durante casi diecisiete años. No parecía una criatura no natural, tan solo medio extranjera.

Mis ojos me delataban, pero tan solo para quien supiera lo que había que buscar. Y aquella mujer parecía tenerlo claro.

—Hossam. —La mujer avanzó, tambaleante, en su esfuerzo por no quedarse atrás mientras el hombre me arrastraba por las calles—. Si es uno de ellos, vale tanto como mi Ranaa. Podríamos ponerle precio. Podríamos...

Pero Hossam la apartó de un empujón y, mientras la mujer desaparecía entre la multitud, siguió arrastrándome ciudad adentro.

Las calles de Saramotai eran tan angostas como antiguas, y a medida que avanzábamos obligaron al gentío a estrecharse y por fin a disolverse. Las paredes se cerraban sobre nosotros con las sombras alargadas, y en algunos lugares llegaban a rozarme los dos hombros. Pasamos entre dos casas pintadas de colores brillantes, con las puertas reventadas. Había marcas de pólvora en las paredes. Vanos y ventanas cegadas con tablones. A medida que avanzábamos, encontrábamos más y más marcas de guerra. Una ciudad donde la lucha había empezado dentro, no al otro lado de las murallas. Me imaginé que a eso se solía llamar «rebelión».

Sentí el olor a carne podrida antes de ver los cadáveres.

Pasamos bajo un arco estrecho, del que colgaba una pesada alfombra que, desplegada, se secaba al sol. Me agaché para pasar y sus borlas me rozaron la nuca. Al levantar de nuevo la mirada, vi dos docenas de cuerpos que colgaban del cuello. Estaban todos suspendidos de una cuerda horizontal que ceñía el gran muro exterior, como una ristra de farolillos.

Farolillos que no tenían ojos, porque los buitres se los habían arrancado.

No habría sabido decir si se trataba de personas viejas, o jóvenes, o bonitas, o cubiertas de cicatrices. Pero todas ellas habían sido ricas. Las aves no habían picoteado las camisas tejidas con hilos teñidos con tintes caros, ni las delicadas mangas de muselina de sus khalats. El olor casi me produjo arcadas. La muerte y el calor del desierto liquidaban con rapidez los cadáveres.

El sol se ponía a mi espalda. Eso significaba que, cuando llegara el alba, quedarían bañados en una luz cegadora.

Un nuevo amanecer. Un nuevo desierto.